

Hasta los pobres más pobres de Buenos Aires se hallan en una situación más desahogada que si hubiesen permanecido en el viejo mundo. La vivienda tal vez resulte peor, pero la comida y la ropa son mejores. Además, cuentan con la esperanza del mañana; el misterioso mañana argentino, que puede traer la sonrisa de la suerte, y en otros países siempre es igual, sombrío, monótono, sin una chispa de ilusión.

Cierta tarde, mientras daba yo una conferencia en un teatro de Buenos Aires, un viejo maquinista subrayaba entre bastidores, con frases de indignación, mis palabras de elogio á la Argentina. Pedía el fuego del cielo y toda especie de cataclismos sobre esta tierra, en la que llevaba veinte años. Al terminar hablé con él. Había ejercido diversos oficios, ganando algún dinero y perdiéndolo dos veces. Parecía desesperado, y echaba la culpa á la nación de todas sus desgracias.

— ¿Pero usted cree — le pregunté — que en Argentina todos han de ser millonarios?

Él hizo un gesto negativo. No: no lo creía. Además, muchos hijos del país eran más pobres que él.

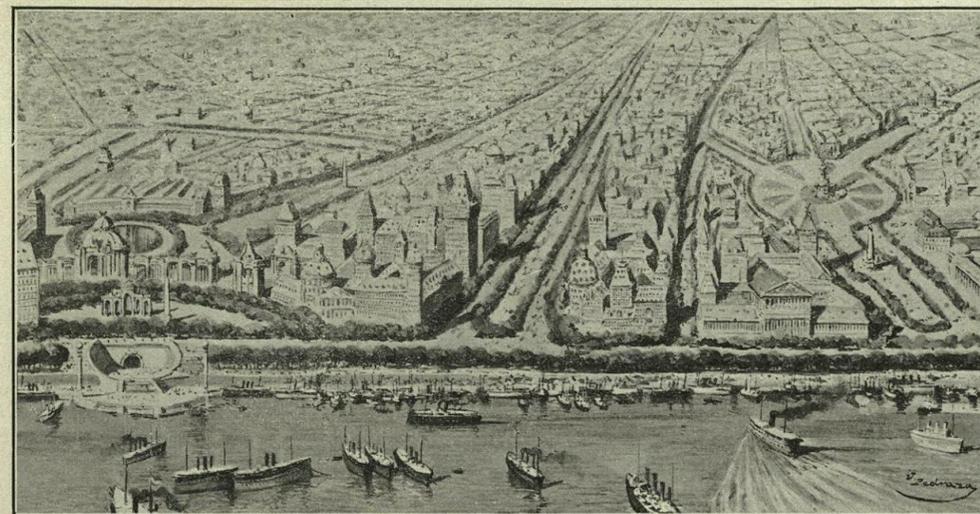
— Y si tan mal le va, ¿por qué no vuelve á su tierra? . . . . .

— Porque allí estaría tal vez peor.

Estas palabras resumen la verdadera situación del extranjero en la República Argentina. Por infortunado que sea, por mal que se encuentre, siempre vive con mayor amplitud y tiene más dinero en el bolsillo que en su país natal.



UNA «PARTIDA» EN LA PAMPA



## LA ARGENTINA DE MAÑANA

LA República Argentina tiene defectos. ¿Qué pueblo vive libre de ellos? . . . Pero el escritor corre el peligro de la inoportunidad si se detiene á examinar y criticar las imperfecciones nacionales. ¡Camina tan aceleradamente esta República! . . . El defecto de hoy, consignado y descrito en un libro, ya no existe mañana, cuando el tal libro se mantiene relativamente joven.

Obras conozco de gran mérito en las que se describe la República Argentina, examinando con austero juicio las imperfecciones de su organización; y estos libros, que si tratasen de Europa guardarían aún cierta frescura, parecen viejos cual si llevasen un siglo de existencia. Hablan de defectos totalmente olvidados: censuran costumbres de las que sólo guarda el argentino un vago recuerdo.

Las críticas que yo pudiera hacer aquí, por justas que fuesen, provocarían dentro de ocho ó diez años una sonrisa compasiva; la sonrisa dedicada á las cosas vetustas que resucitan inesperadamente. En muchos países del viejo mundo el estudio de los defectos públicos resulta oportuno siempre, aunque transcurra largo tiempo. ¡Son tan lentas las modificaciones! . . . Aquí cada año trae una mutación, y treinta años equivalen á un siglo. Un extranjero que hubiese desembarcado por breves días en el Buenos Aires de 1873 y volviera ahora, creería que, durante su permanencia en Europa, un siglo entero había transcurrido para América.

La celeridad con que progresa el país argentino hace que sintamos mayor horror á la muerte. ¡No poder vivir más tiempo que el normal para ver hasta dónde llega el crecimiento de este gigante en mantillas! . . . Nuestra curiosidad envidia á las generaciones que aun están por nacer. Ellas verán grandes cosas. . . ¡Ay! ¿Cómo será la Argentina de mañana?

\* \* \*

Magnífica visión la nuestra si pudiésemos abarcar con mirada sobrenatural lo que será este país dentro de un siglo. Argentina no necesita que transcurran muchos centenares de años para sobresalir entre los pueblos grandes de la tierra. Con seis millones de habitantes y la mayor parte de su suelo falto de cultivo, figura ya en el rango de las primeras naciones productoras y es la segunda del mundo en exportación de carnes y cereales. ¿Á qué alturas llegará esta República cuando su población se haya triplicado y el hombre, con la ayuda de la máquina, explote una mitad, nada más, de la tierra utilizable? . . .

Acaba la Argentina de celebrar con una sonoridad mundial el primer centenario de su existencia. Todas las naciones saludan con afecto la bandera celeste y blanca, símbolo de algo grande que llenará el porvenir. España, la vieja madre, ha sentido honda emoción al ver tan celebrada á esta hija suya, fuerte y hermosa, en la que se reproducen las grandezas y el poderío que tuvo la Península en el siglo xvi. Día llegará en que «no se ponga nunca el sol en los dominios argentinos», como ocurrió en los reinos de Carlos V. Pero estos dominios no serán políticos, ni pertenecerán á la República por la conquista guerrera, sino puramente morales y por la influencia comercial, por la atracción simpática del trabajo y el progreso.

El centenario que acaba de celebrarse es simplemente histórico, pues con él se ha festejado el nacimiento de la nación. Pero la grandeza argentina no tiene cien años de existencia. Data casi de ayer: no alcanza más allá de treinta años ó, en caso extremo, cuarenta. Treinta años de trabajo, de paz y lenta inmigración, después de un largo período de guerras civiles y trastornos caóticos, han bastado á la Argentina para llegar á su estado presente. ¿Cómo será este pueblo cuando celebre su segundo centenario, un centenario verdad, de cien años de vida intensiva, y no de treinta, como el que acaba de cumplirse? ¡Quién sabe si el siglo xxi será en la Historia el siglo de la Argentina, como el xviii y el xix lo fueron de Francia y Alemania y el xx parece serlo de los Estados Unidos! . . .

Además, la crónica de un pueblo que casi acaba de nacer no ofrece aún término visible. Luego del segundo centenario, que sorprenderá á la Argentina con 18 ó 20 millones de pobladores y una producción representativa del séxtuplo de sus habitantes, vendrán otros centenarios y otros, y en cada uno de ellos la riqueza y la densidad humana de la República se multiplicarán en progresión aritmética escapando á todos los cálculos que puedan hacerse desde el presente.

El porvenir de la Argentina tiene algo de la inmensidad del infinito, que desorienta y confunde á las imaginaciones más vigorosas. Podemos calcular lo que será dentro de cien años, como se calcula en astronomía la distancia y la composición de un astro visible. Podemos imaginar vagamente la grandeza de este país en su tercer centenario, como se entrevé una estrella perdida en lo remoto. Pero de ahí en adelante, la imaginación se detiene y desfallece abrumada por la inmensidad.

Sólo puede decirse: — Argentina será grande, tan grande como su territorio, que es de los mayores del globo, no sólo por su área, sino por su aprovechamiento y riqueza.

Una gran parte de Europa cabe desahogadamente dentro de las fronteras de esta República y aún resta espacio libre para otras naciones. Sobre su tierra podrán vivir algún día 300 millones de hombres, sin que tan enorme población alcance mayor densidad que la de algunos Estados de la Europa central.

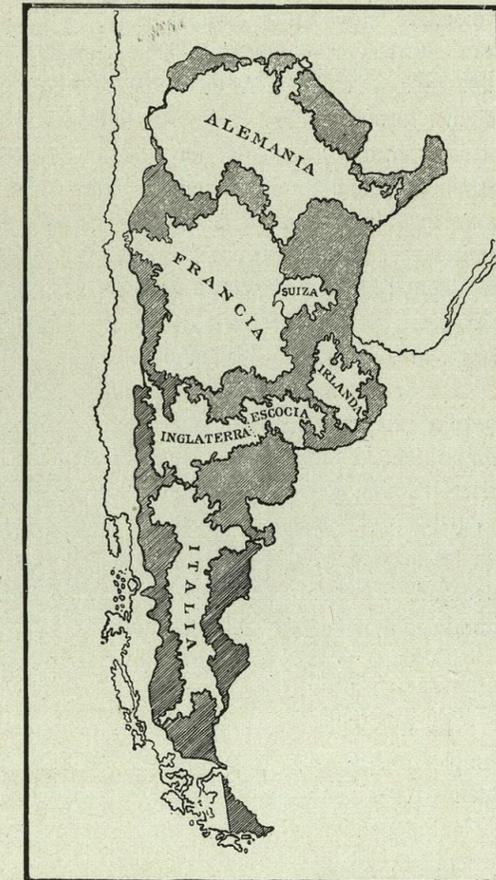
El presente, con su grandeza embrionaria, parece levantar una punta del velo que oculta á la Argentina de mañana. Buenos Aires, la ciudad-esperanza, la metrópoli de fama mundial, es una agrupación humana de glorioso porvenir. Nacida con un vigor extraordinario, y aumentada por un crecimiento inverosímil, la Historia aguarda impaciente el momento de hacerla cumplir sus destinos.

Hay ciudades que atraen la atención del mundo desde que nacen; ciudades que son naciones, pues los territorios que las acompañan resultan simples anexos de su gloria municipal. Roma, dominadora del mundo, fué simplemente una ciudad en todos los momentos de su historia. La vida de uno de sus barrios tenía tanta importancia como la existencia de varias naciones. Esta ciudad-señora no produjo grandes cosas originales, pero adoptó, transformó y popularizó todo lo bueno que en sus tiempos existía en el mundo. La herencia del saber antiguo la hemos recibido transmitida por Roma.

Le bastó para cumplir su misión tener abiertas las puertas á todos los hombres de la tierra, admitir los altares de todos los dioses, tolerar en sus suburbios la reunión de todas las cofradías y todas las razas. Llegaba el judío vagabundo ocultando bajo sus harapos el principio del monoteísmo, y en los fangosos barrios del Tíber tejía alfombras y propagaba la idea del Dios único: presentábase el andariego ateniense, llevando por todo equipaje libros venerables ó cinceles escultóricos, última fortuna de la decadencia helénica: engan-chábase en las legiones palatinas el germano, de miembros blancos y cabellera rubia, que aportó nuevas ideas de independencia y libertad; y Roma, admitiendo á estos y á otros huéspedes mundiales, acababa por ser el centro del cristianismo nacido en Asia; salvaba del olvido y la muerte la filosofía y las artes helénicas, esparciéndolas por el mundo, y abría camino al robusto individualismo, nacido en las orillas de los ríos del Norte, para que se difundiese por toda Europa.

¡Quién sabe si Buenos Aires es la Roma futura de un mundo nuevo! . . . Como la capital antigua, abre sus puertas á todos los hombres y todos los dioses; su ambiente de libertad acepta sin resistencia todas las ideas y todas las actividades; en sus barrios pobres latan las esperanzas y las amarguras de un mundo lejano, lo mismo que en los suburbios de la ciudad-señora rebullían las predicaciones de los misteriosos desterrados de Asia. La metrópoli sud-americana, con su prodigioso espíritu de asimilación adopta, modifica y une en ingeniosas soldaduras las más diversas ideas. Á su recinto llegan el inglés, el francés, el alemán, el italiano y el español, como en la antigua Roma se presentaban el fenicio, el cartaginés, el egipcio, el judío, el griego y el celtíbero, aportando el espíritu comercial, la hermosura de las artes, ó la dureza y el valor de la raza.

El roce de pensamientos encontrados, antagónicos caracteres y creencias distintas, dió por resultado en la Ciudad Eterna una potente civilización, que seleccionó lo mejor de cada pueblo. Tal vez los óvulos de nuevas ideas, engendrados en Europa, vengán algún día á incu-



ALEMANIA, FRANCIA, SUIZA, GRAN BRETAÑA É ITALIA,  
COMPARADAS CON LA REPÚBLICA ARGENTINA

barse aquí, en el ambiente templado de una verdadera libertad. Tal vez el espíritu latino, que muchos creen agonizante, se reencarne más vigoroso en las orillas del Plata. Tal vez generosas aspiraciones humanas, cuya realización buscan en vano los pueblos viejos, dentro de viejos moldes, puedan un día adquirir cuerpo en esta tierra y servir de modelo al mundo.

Los antiguos helenos, en sus fiestas religiosas, rendían culto al fuego, símbolo del pensamiento, corriendo largas distancias con una antorcha, que se pasaban de mano á mano. Esta antorcha luce aún y lucirá eternamente. Su llama es la civilización de los pueblos europeos meridionales; la que un día crepitó en Roma iluminando al mundo. Varias naciones han sostenido esta antorcha en su diestra, brillando más alta la llama según la velocidad del portador. Encendida en los altares de Atenas, paseóla Roma por todo el mundo conocido; Bizancio la agitó algunos instantes sobre la pesada diadema de Justiniano; reyes, emperadores y pontífices, la blandieron, macilenta como un tizón, en la noche medioeval; la Italia del Renacimiento supo reanimarla, alumbrando con ella las calles y plazas de Florencia, convertidas en museos; España y Portugal la arrancaron de sus manos para asomarse al abismo del Océano lóbrego y sin límites, sacando de la penumbra los esplendores de la India olvidada y la belleza virgen de un continente; luego Francia se apoderó de la antorcha, soplando su ígnea cabellera para que esparciese rosadas palideces de aurora sobre las páginas de sus filósofos y enciclopedistas, y sangrientos reflejos de revolución. . . .

¿Y ahora . . . ? Ahora la antorcha se estremece insegura. Serpentea su lengua de fuego junto á cabezas venerables que se mantienen en todo su vigor; pero las manos que la sustentan tiemblan con un temblor de senectud. Los portadores han corrido durante siglos y sienten el cansancio de su velocidad. Necesitan trasmitirla á nuevas manos: la cadena no debe romperse . . . Y al otro lado del Océano extiende sus brazos un efebo latino, la frente iluminada por las más nobles ilusiones, los músculos vigorosos é hinchados por la savia acumulada de la juventud. Él tomará la antorcha. Su ágil mocedad reanudará la carrera, iluminando de nuevo al mundo con los fulgores del genio latino.

\* \* \*

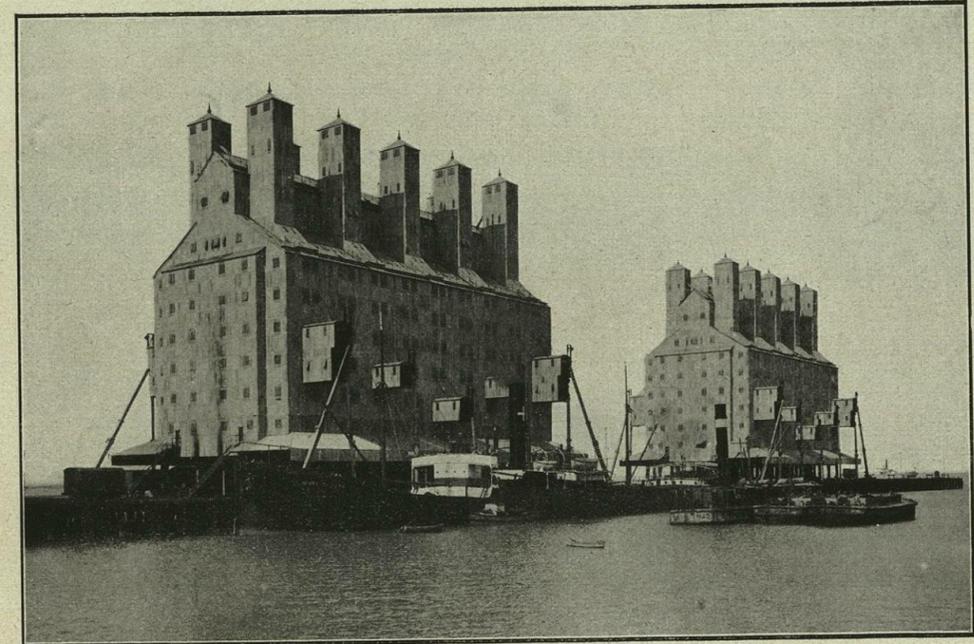
La República, en el rápido desenvolvimiento de su progreso material, cambiará de aspecto completamente en el transcurso de un siglo. Un argentino del presente, resucitando en el Buenos Aires del segundo centenario, experimentaría, quizá, mayor asombro que un patriota de la Independencia viviendo en el Buenos Aires de hoy. La Argentina, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos.

¿Cómo será Buenos Aires cuando tenga cuatro millones de habitantes y esté cubierta de edificios toda su área municipal? ¿Con qué ojos de simpática conmiseración mirarán los argentinos de entonces la Avenida de Mayo y el palacio del Congreso, respetables vejees de un pasado que ha de parecerles pobre y mezquino!

La República poseerá, indudablemente, antes de un siglo 100.000 kilómetros de vías férreas, que pondrán en comunicación los miles de pueblos nuevos, creados en regiones hoy desiertas. Centenares y centenares de leguas de tierra, que ahora están dedicadas al pasto natural, recibirán la caricia del riego y el arañazo del arado. El espacio de campo que alimenta á un toro actualmente, proporcionará el sustento á una familia humana con la abundancia del cultivo intensivo. La misma ganadería irá condensando su riqueza pecuaria en terrenos más limitados. Donde hoy pastan unas cuantas reses, los campos regados y eternamente verdes mantendrán rebaños enteros. Las aguas irán á volcarse en el Océano, como siempre, por el camino de los grandes ríos; pero luego de haberse esparcido, merced á los canales, sobre tie-

rras ribereñas que ahora las ven pasar con la desesperación de Tántalo; resquebrajadas por la sequedad, y sin poder humedecer sus entrañas.

El primer siglo de vida argentina ha sido el siglo de la ganadería y la agricultura por extensión. El hombre vive confiado á la magnanimidad del suelo y la oportunidad de la lluvia. Este segundo siglo que ahora empieza, será el del cultivo intensivo, el del ahorro hidráulico, el del riego generosamente propagado. Muchos valles se verán convertidos en lagos por la mano del hombre. La industria humana inventará saltos hidráulicos para la creación de fuerza, y se contarán á miles los centros industriales.



BAHÍA BLANCA. ELEVADORES DE GRANO

La escasez de población ha permitido hasta el presente vivir á la buena de Dios, ya que con poco que se trabaje la riqueza natural da con creces para la abundancia y el progreso del país. Pero la dura ley de la necesidad hará milagros cuando la población se cuadruplicue.

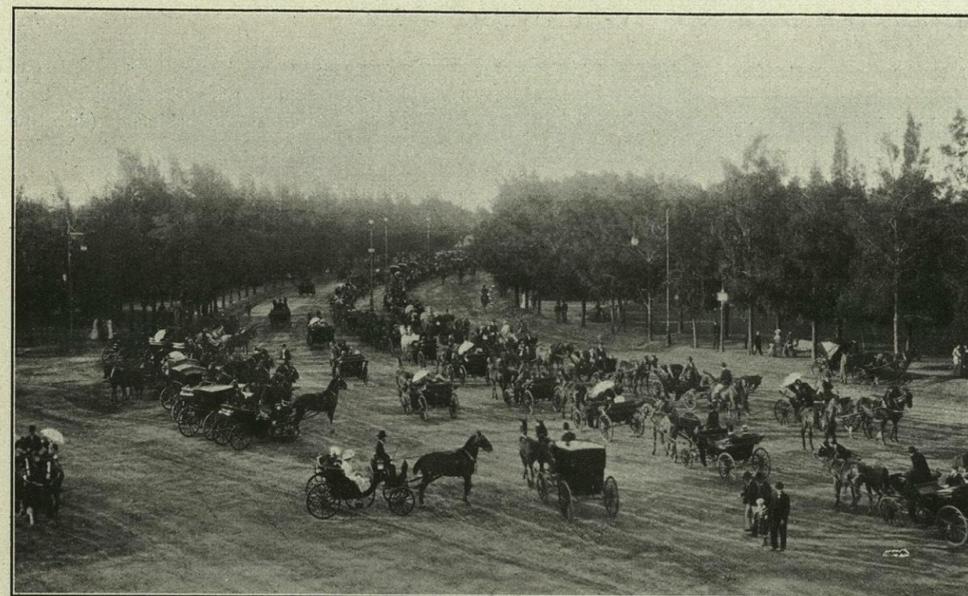
Los caminos acuáticos que la naturaleza ofrece á la Argentina serán limpiados y utilizados. Por los ríos donde hoy navegan goletas y vaporcillos pasarán trasatlánticos, encontrando la masa de agua necesaria para su flotación en los lechos profundamente dragados. La vida marítima, que ahora llega á Rosario, se prolongará á las Tres Bocas, y tal vez no se detenga hasta encontrar la barrera insuperable del gran salto del Iguazú. La actividad humana pulverizará los escollos ocultos que impiden la navegación, y vencerá al pantano traidor que borra los ríos, esparciendo sus aguas en una llanura fangosa y sin límites. El canal, revolviendo limos seculares y vegetaciones parásitas, abrirá paso á la quilla. El Bermejo y el Pilcomayo serán navegables, conduciendo los buques hasta el corazón del continente americano. El río Negro, libre de obstáculos, ofrecerá amplio camino á través de los que ahora son desiertos patagónicos, y dentro de un siglo parecerán hormigueros humanos. El buque, entrando en el Limay, llegará al pie de los Andes. Todos los ríos del Sur serán vías de comunicación con los mares interiores, que agitan su oleaje solitario á la sombra de la Cordillera. La

bandera celeste y blanca, pabellón de trabajo y comercio, ondeando en el mástil de la nave mercante, entrará en el corazón del Brasil, de Bolivia, del Paraguay y alcanzará á las fronteras de Chile sin tener que salir al Océano, navegando siempre entre tierras argentinas.

¿Quién puede calcular la cifra monstruosa que alcanzará la producción de esta República, cuando su suelo esté poblado y regado, y el hombre haya vencido á la naturaleza bravía, sobre la que acaba de poner su mano de dueño?...

Los hombres del viejo mundo sentirán entonces, aun más que en el presente, la irresistible atracción de la tierra de la esperanza. Verán en el horizonte de su imaginación una ciudad inmensa; y sobre esta ciudad unos brazos que se extienden maternales; y entre estos brazos el tronco esbelto de una mujer, majestuosa y juvenil, blanca y azul como las vírgenes de Murillo, tocada la cabeza con el gorro purpúreo, símbolo de libertad; y oírán las palabras que deja caer desde su altura de montaña, palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro:

— Venid á mí los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid á mí los que llegasteis tarde á un mundo demasiado repleto. Mucho he crecido, pero mi hogar aun es amplio y tiene sitios libres. Mi casa no la construyó el egoísmo. Su puerta está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.



UNA AVENIDA DEL PARQUE DE PALERMO

## LA CAPITAL FEDERAL

QUINIENTOS habitantes tenía Buenos Aires en 1602, pocos años después de ser fundada por Garay; 22.000 en el siglo XVIII, al crear el gobierno de Madrid el virreinato del Río de la Plata; 46.000 en 1810, al iniciarse la revolución de la Independencia; 65.000 durante la tiranía de Rosas; 186.000 en la presidencia de Sarmiento (1871), y actualmente 1.300.000, en números redondos.

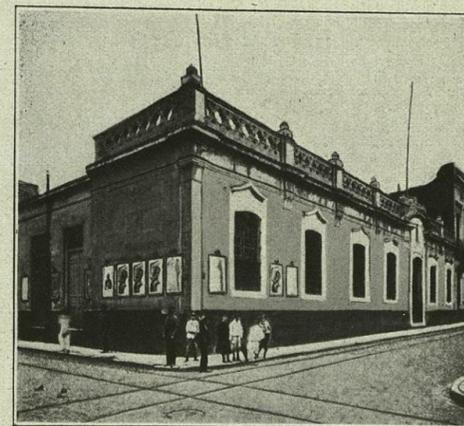
Á mediados del siglo XVII, cuando Buenos Aires no llevaba aún tres cuartos de siglo de existencia, sus casas eran 400, pertenecientes á 211 propietarios, y los habitantes unos 4.000. De éstos sólo una sexta parte figuraban como ciudadanos, siendo el resto indios y negros. Las techumbres, cubríanlas de teja, como en las provincias del Norte de España, ó simplemente de paja. Las sostenían unas vigas ó tirantes extremadamente largos, de modo que los aleros avanzaban mucho sobre la calle, y como los edificios sólo tenían

cuatro metros de altura, resultaba difícil la circulación, hasta el punto de que el Cabildo ordenó que las carretas transitasen por fuera de la ciudad, yendo á descargar á espaldas del convento de Santo Domingo, donde se verificaba la venta de comestibles.

Los porteños de raza blanca, descendientes de los compañeros de Mendoza, vivían servidos por negros é indios, sin otra industria que la ganadería y la exportación de cueros. Los únicos incidentes de su vida monó-

tona eran algunos ataques de piratas ingleses y holandeses, repelidos valerosamente. La ciudad no tenía murallas. Un pequeño fuerte, rodeado de foso y con baluartes de adobes, servía de residencia al gobernador y á una guarnición de 150 hombres. Un viajero, llamado Azcárate, que visitó Buenos Aires en 1664, cuenta que esta guarnición estaba dividida en tres compañías, mandada cada una por un capitán, y añade:

«Pero estos capitanes designados por el goberna-



CASA DE LA VIRREINA